

La participación de los nativos en el conflicto luso-neerlandés durante la ocupación holandesa de Luanda 1641-1648

The participation of the native population in the portuguese-dutch war during the dutch conquest of Luanda 1641- 1648

Lic. António José Joã-Gunza

antoniogunza@hotmail.com

Escola Superior Pedagógica de Bengo, Angola

Resumen

Son pocas las obras históricas que se refieren a la participación de los nativos en el conflicto luso-neerlandés durante la ocupación holandesa de Luanda entre 1641 y 1648. El presente artículo realiza un estudio de las vías empleadas por la población de los reinos de Kongo, Matamba, Ndongo y otros menos poderosos para apoyar a los holandeses, como una manera de intentar sacudirse la dominación que los lusitanos les habían impuesto desde el siglo XVII. Se analizan las consecuencias de la reconquista portuguesa para estos reinos locales, que tuvieron que enfrentar, infructuosamente, una arremetida inusual de las fuerzas colonialistas.

Palabras clave: ocupación holandesa de Angola, reino del Kongo, reino de Ndongo, Nzinga Mbandi.

Abstract

Only a few of the historical books studies the participation of the native population in the Portuguese-Dutch war during the Dutch conquest of Luanda (1641-1648). This article analyze the ways used by the population of the kingdoms of Kongo, Matamba, Ndongo and others, in order to lean the dutch. Too, we analyze the consequences of the Portuguese re-conquest for the local kingdoms. They confront fruitlessly the Portuguese troops that attack them with unusual force.

Keywords: Dutch conquest of Angola, kingdom of Kongo, kingdom of Ndongo, Nzinga Mbandi.

Introducción

Para comprender la participación de la población nativa en medio del conflicto luso-neerlandés, es necesario conocer el origen de los tres reinos bantúes cuyos territorios colindaban con las posesiones portuguesas –ahora bajo el dominio holandés– y las difíciles relaciones que mantenían con los ibéricos desde la llegada de estos a la costa occidental africana.

En primer lugar, es preciso hacer referencia al antiguo reino del Kongo, que a mediados del siglo XVII tenía una población que se calculaba en medio millón de personas. Estaba dividido en seis provincias y, centralmente, era gobernado por un monarca, el Manicongo. Su esfera de influencia se extendía sobre los estados vecinos de Ngoyo, Kakongo, Ndongo y Matamba.

Durante el período precolonial, es decir, antes de la llegada de los europeos, el Reino del Congo constituía un estado altamente desarrollado situado en la encrucijada de una extensa red de intercambios comerciales. Además de recursos naturales y marfil, el país fabricaba y comerciaba con toda clase de objetos de cobre, tejidos de fibra y cerámica.

Los primeros contactos con los portugueses se remontan a los años 80 del siglo XV, cuando Diego Cao inició su recorrido por la desembocadura del río Zaire, para luego contactar con el manicongo Nzinga Nkuwu en M'Banza Kongo, la capital del reino. De este contacto resultó el acuerdo de permitir a los portugueses el comercio con el reino, a lo que siguió la entrada de misioneros católicos y el propio manicongo se bautizó adoptando el nombre portugués de João I, y envió a su hijo, el futuro Afonso I del Congo a educarse a Portugal. Mbanza Kongo, la capital del reino, fue rebautizada como São Salvador.

Pero como en esta época el interés mercantil de Europa en África era el comercio de esclavos, rápidamente el Reino del Congo se convirtió en la principal fuente de esclavos para los negreros portugueses y de otras potencias europeas. Al aumentar de forma desmesurada el tráfico, el manicongo trató de ponerle fin, y como los portugueses se aferraron a ese comercio de hombres, las relaciones entre los dos países se deterioraron. Lo cierto es que la trata afectó al reino del Kongo por la sangría demográfica que significó, por lo cual quedó en una situación muy frágil frente a las incursiones de otros estados vecinos. El fin del reino del Kongo ya estaba en marcha.

Otro reino importante establecido en la región, inicialmente contactada por los portugueses fue el de Ndongo o reino de Ngola, también de origen bantú y del cual existen noticias a partir del siglo XVI. Se sabe que fue un estado vasallo del reino del Kongo. De hecho, una versión basada en la tradición oral asegura que el fundador del reino de Ndongo, Ngola Kiluanje, había llegado proveniente del Kongo (Amaral, 1996, p. 167). Pero otra versión atribuye la fundación del reino a Ngola Nzinga llegado al frente de su

pueblo desde el río Níger (zona desde la cual comienza la diáspora bantú) relegando a Ngola Kiluanje a la condición de cuarto rey de Ndongo (Amaral, 1996, p. 167).

Al establecer contactos con los portugueses, el rey de Ndongo, Ngola Kiluanje, trata de apoyarse en ellos para lograr su independencia del Kongo. Los lusitanos tratan de mediar, pero sus enviados son rechazados y finalmente una guerra entre ambos reinos (Kongo y Ndongo) culmina con la independencia de este último. A partir de entonces, la principal contradicción del reino de Ndongo fue con los portugueses, quienes después de la fundación de Luanda por Pablo Dias de Novais, intentaron intervenir en los asuntos del Reino de Ndongo, lo que provocó la guerra entre ambos en 1579, que culminó en 1590, con la batalla de Lukala, en la cual los portugueses fueron derrotados. Fue muy importante en la victoria de Ndongo el apoyo que recibió del reino de Matamba.

Cuando los holandeses, ya en el siglo XVII, ocupan Luanda, la Reina de Ndongo, Nzinga Mbandi (hija de Ngola Kiluanje) los apoyó militarmente. Ya para entonces esta reina Nzinga había anexado al suyo el reino de Matamba, al derrotar a las tropas de la reina Mwongo Matamba, a quien capturó e hizo prisionera. La unificación de ambos reinos bajo el mando de Nzinga se concretó en 1631.

Mucho más complejo que todo lo anterior resulta el análisis de la participación de la población nativa durante la ocupación holandesa de Angola, en primer lugar por la falta de abundante información al respecto. La documentación de estos años se perdió casi por completo, y las crónicas portuguesas que han quedado son muy parcializadas, por tanto, poco confiables. A su vez, la tradición oral angolana, fuente por excelencia para el estudio de la historia africana, es parca al referirse a un hecho de tan antigua data.

En segundo lugar, es preciso considerar las ancestrales contradicciones –ya mencionadas antes– entre los distintos reinos y grupos étnicos que habitaban los territorios contiguos a Luanda (reinos del Kongo, Ndongo y Matamba), que no dejaron de manifestarse a lo largo de todo el período colonial, dificultando la resistencia frente al enemigo común: el colonialismo europeo, ya sea portugués u holandés.

Desarrollo

La historiadora Beatrix Heintze ha explicado que, desde el siglo XVI, el Kongo, con relación a Ndongo, desarrolló una política variable: “Comenzó por apoyar a los portugueses contra el *ngola* que avanzaba a costa del Kongo. Por otro lado, varias veces

mandó alertar al *ngola* acerca de las verdaderas intenciones de los portugueses en Angola” (Heintze, 2007, p. 188).

Lo mismo afirma acerca de Matamba: “era, a finales de ese siglo [XVI] un país independiente que tan de prisa era enemigo como amigo del Kongo” (Heintze, 2007, p. 189). Pero señala que era capaz, en determinado momento, de aceptar una alianza fugaz con otro reino, como aquella de 1589-1590, cuando “los portugueses sufrieron una derrota de serias consecuencias infringida por las fuerzas armadas aliadas del Ndongo y de Matamba” (Heintze, 2007, p. 189). Algunos años después, Matamba fue dominada por el reino de Ndongo, cuando la reina Nzinga Mbandi derrotó a las tropas de la reina la reina Mwongo Matamba y unificó bajo su mando a ambos reinos.

Con todo, los portugueses siempre estuvieron alertas sobre los posibles actos emancipatorios de los nativos de estos reinos y su relación con los enemigos. Así, en 1624 Fernando de Sousa, gobernador de Angola, escribía al gobierno central dando cuenta de que los holandeses amenazaban el litoral, y serían ayudados por el rey del Kongo, quien a su vez preparaba un ataque por tierra. Se pueden resumir las acciones de los nativos durante la ocupación holandesa, de la siguiente manera.

Colaboración con los holandeses en el desarrollo del tráfico de esclavos

Todos los reinos angolanos de esa región colaboraron en el tráfico de esclavos, especialmente Matamba, bajo la soberanía de la reina de Ndongo, Nzinga Mbandi, quien a pesar de su oposición a tan inhumano comercio, lo utilizaba como única vía para obtener armas de fuego y municiones. Algunos historiadores, como Miller, han pretendido culpar a esta reina de las atrocidades de la trata, de ser una de sus auspiciadoras, quizás en un intento por absolver a Europa de la enorme culpa que le cabe en este gran genocidio (Miller, 1975).

Acciones bélicas

Puede afirmarse que desde los primeros momentos de la invasión holandesa a Angola, los nativos se unieron a estos para enfrentar a los portugueses. La reina Nzinga era temida por sus excelentes dotes guerreras. Antes de la ocupación holandesa ya venía enfrentando a los portugueses, a quienes tenía prácticamente cercados en Luanda, actuando al frente de lo que se conoce en la historia de Angola como la Segunda Coalición. Al respecto escribió Moisés Kamabaya:

Cuando el gobernador Pedro César de Menezes tomó posesión en Luanda el 13

de octubre de 1639, encontró una Luanda moribunda y cercada por las fuerzas de la reina Nzinga. Las fuerzas de la Segunda Coalición avanzaban con tanta furia que los portugueses tuvieron que confinarse todos en la fortaleza de Massangano, que era el único lugar seguro que les restaba (Kamabaya, 2003, p. 54).

Como se observa, los portugueses en 1639 ya habían tenido que refugiarse, por vez primera, en Massangano, lo mismo que repitieron en 1941 cuando los holandeses ocuparon Angola. En 1640, todavía con anterioridad a la ocupación holandesa, Nzinga contactó a los neerlandeses y firmó con ellos una alianza, en virtud de la cual recibió armas y pólvora para combatir a los lusitanos.

La historiadora Marina Mello ha escrito que: “El ejército de Nzinga inspiraba miedo, y la presión que ejercía sobre los jefes locales hizo que muchos puntos de venta de esclavos fueran cerrados, o abiertos, conforme el estado de sus relaciones con los portugueses” (Mello e Souza, 2002, p. 109). Este respeto hacia la reina de Matamba se reforzó con el asedio constante que hizo con su ejército contra Masangano que, aunque tampoco consiguió esta vez someter la resistencia de los allí refugiados, los fue desgastando y solo pudieron salvarse por la llegada de Salvador Correia de Sa desde Brasil.

Otros reinos africanos también colaboraron con los holandeses. Por ejemplo, el manicongo –que había aceptado la coalición temporal con Nzinga– también se alió a los neerlandeses facilitando el paso de sus tropas y mercaderes por sus territorios y los de las provincias a él subordinadas. Los reinos de Jindembu, especialmente los dirigidos por los sobas Kamukama y Nambuanguo, interceptaban las columnas lusas que llevaban esclavos para exportarlos a través de Barra do Dande, los derrotaban y libertaban a los esclavos, razón por la cual, en lo sucesivo, los portugueses no pudieron salir más porque habían perdido muchos hombres en las anteriores fallidas incursiones. Los Jaga tenían también en constante asedio el fuerte de Massangano y con crueldad masacraban a cuanto portugués sorprendían fuera del enclave.

Hay que decir que si las acciones bélicas no resultaron efectivas en el exterminio de los portugueses –sobrevivientes de la ocupación neerlandesa– esto se debe a la ya mencionada falta de unidad de acción, pues cada reino entendía a su manera la forma de hostilizar a los lusitanos, faltando en todo momento la coordinación. Desde luego, una coordinación duradera –ya a la altura de 1645 la Segunda Coalición de los Estados del Kwanza no existía– era casi impensable entre reinos y grupos étnicos que desde tiempos atrás arrastraban serias contradicciones.

Es más, en algunos momentos se expresaron con nitidez las antiguas discrepancias entre los africanos, como lo demuestra Ralph Delgado en su *Historia de Angola* cuando, al describir la marcha desde Benguela hasta Massangano de una tropa de ayuda portuguesa que en 1644 llegó desde Brasil, nos dice que fueron apoyados por un grupo de jagas y, a la vez, atacados por otros jagas, enemigos de los que se habían unido a los lusitanos. Finalmente, fue derrotado este esfuerzo portugués de 1644 por liberar a los refugiados en Massangano, hecho que Delgado describe con los más conmovedores elogios para los lusitanos, de acuerdo con la costumbre de los historiadores portugueses del período colonial, y echando un manto de calumnias sobre los nativos:

Y así, inutilizados y sollozantes, los libertadores se rindieron, finalmente, entregándose a la furia antropófaga de sus adversarios [...] Escena conmovedora ocurrió enseguida. Destruyendo aquellas vagas sobras de heroicidad diezmada, obligándolas a correr al frente, para abatirlos con las flechas, como si fuesen piezas de caza, los jagas vengaron la ofensiva de Gomes de Moraes cayendo sobre los exánimes, cortándolos a machetazos e sepultándolos en los vientres, en medio de una gritería infernal de placer (Delgado, 1948, p. 296).

Hay que reconocer también que los holandeses tampoco fueron proclives a actuar militarmente en colaboración con los africanos. En varias ocasiones la reina Nzinga Mbandi propuso un ataque conjunto contra Massangano, sin embargo no fue aceptado sino hasta 1648, cuando ya era tarde dada la proximidad de la llegada de las tropas de Salvador Correia de Sa.

Acciones diplomáticas

La separación de Portugal del dominio español en 1640 había producido un rompimiento con el Papado, toda vez que el rey de España, a la sazón Felipe IV, mantenía bajo su dominio y protección a los territorios italianos (ducado de Milán, reino de Nápoles y Sicilia y los Estados Pontificios) que de esta manera estaban comprometidos con España.

Esta circunstancia determinó la entrada masiva de misioneros de la Orden de los Capuchinos en los territorios de Angola bajo dominio portugués. El jefe de la misión capuchina en Angola, Tiburcio de Redín, era amigo de Felipe IV, lo que provocó una permanente vigilancia portuguesa sobre el mismo.

Como en 1640 la Iglesia católica portuguesa había sido excomulgada por el Papa, a partir de ese momento los capuchinos intensificaron su presencia en los reinos del Kongo y Ndongo. Estos misioneros escribieron extensas crónicas y relatos sobre este período, entre ellos el del padre Joao Antonio Cavizzi de Montecuccolo (1621-1678).

A sabiendas de que la acción de los capuchinos, además de misionera, tenía también un contenido político y de espionaje a favor de los enemigos de Portugal. En los meses previos a la toma de Luanda por los neerlandeses, sobre todo durante la ocupación, el rey del Kongo D. García II escribía al Papa para solicitarle el envío a ese reino de más misioneros capuchinos, lo cual demuestra el interés de este monarca africano por fortalecer dentro de su territorio las posiciones anti-lusitanas. Es esta, a no dudarlo, una acción que, en el orden diplomático, desarrollaron los nativos para intentar socavar la dominación portuguesa en la región.

De igual manera, tanto D. García II como Nzinga, se dirigieron al monarca de España proponiéndole apoyo ante una eventual tentativa de acciones hispanas contra los portugueses, todo lo cual demuestra una ofensiva diplomática africana encaminada a aprovechar la coyuntura de la ocupación holandesa para sacudirse la dominación portuguesa, con el riesgo real de caer, después, en una nueva dependencia dado el carácter de la época, en que cada potencia europea, carente de posturas altruistas, solo se interesaba por la ampliación de su influencia comercial y político en cualquier parte del mundo.

La reconquista de Angola por Portugal y el inicio del fin de los reinos locales

En efecto, entre las primeras medidas de la reinstalada administración portuguesa estuvo la de arremeter severamente contra los reinos locales, no tanto para castigarlos por su alianza con los holandeses como por la necesidad urgente de eliminar cualquier obstáculo que retardara el reinicio del tráfico negrero, o que de alguna manera demorara el envío al Brasil de grandes cantidades de “piezas de ébano”.

Las primeras acometidas se dirigieron al reino del Kongo, a pesar de que este tomó algunas medidas para agradar a Salvador Correia, como la expulsión de misioneros capuchinos. Lo cierto es que se inició con la imposición al rey García II –con el ejército portugués a las puertas del reino– de un cúmulo de “tratados” a través de los cuales se impediría cualquier traba al paso de las caravanas de esclavos por el territorio del reino, se eliminaban los impuestos a dichas caravanas, a la vez que se decretaba la obligatoriedad de los asentamientos de los misioneros católicos portugueses para ir sustituyendo paulatinamente a los capuchinos. También se exigió a García II el pago de tributos al gobierno colonial, como compensación por la destrucción y las muertes

ocurridas durante la ocupación holandesa, y en lo adelante Portugal dispondría de fortificaciones dentro del reino, para mantener “la paz”.

Obsérvense, además, otros artículos del tratado al que fue obligado a firmar el rey del Kongo con el gobernador Salvador Correia de Sá, y descúbrase el estado de sometimiento en que quedó este reino respecto a Portugal:

- 1.- Que el Rey del Congo no permita que la reina Nzinga, ni castellanos, ni holandeses, residan o transiten por el reino, y si los viere, luego avise.
- 3.- Que cuando los portugueses pidan ayuda al Rey del Congo para hacer guerras a sus enemigos esté obligado a darla.
- 4.- Que el Rey del Congo envíe a uno de sus hijos o a uno de sus principales hidalgos a residir a Angola [se refiere al territorio en posesión de los portugueses].
- 7.- No consentirá el rey del Congo que a sus puertos venga navío alguno de enemigos de Portugal (...)
- 13.- Que el Rey del Congo entregue a la Corona de Portugal los montes en los cuales se dice que se hallan minas de oro y plata.
- 14.- Que el Rey del Congo renuncia a todo el derecho que en otro tiempo tuvo sobre las tierras que quedan desde el río Dande hacia el sur, las que quedarán reservadas para lo que Su Majestad, que Dios guarde, quiera ordenar (Visconde de Paiva, 1877, p. 200).

Maniatado por este tratado colonialista, Garcia II murió en 1660. Fue sucedido por su hijo Antonio I, quien dispuesto a sacudirse la dependencia colonial, envió infructuosamente mensajes a España y a los Países Bajos recabando ayuda para iniciar una lucha contra los portugueses. Sin embargo, factores internos y externos de ambos países recomendaron a sus gobiernos no abrir un nuevo frente de combate, y aún cuando les apetezcan las promesas que el Rey del Kongo les hacía, prefirieron no intervenir. Así, sin ayuda exterior, Antonio I se involucró en un enfrentamiento bélico contra el ejército portugués destacado en Angola, cuando este intervino en un conflicto por la sucesión al trono del reino de Mbwila, subsidiario del reino del Congo.

En la batalla de Mbwila (1665), las fuerzas portuguesas derrotaron a las del manicongo António I, quien resultó muerto, tiempo después, junto con otros muchos funcionarios de su corte. Se inició entonces un sangriento período de guerras civiles internas encabezadas por los candidatos al título de manicongo, con lo cual quedó perdida para siempre la integridad del antiguo poderoso reino.

La reina de Matamba Nzinga Mbandi, por su parte, en medio de la campaña portuguesa por recuperar Luanda, seguía al lado de los holandeses e involucrándose en combates, como el de enero de 1647 en el que Gaspar Borges de Madureira derrotó a sus fuerzas y capturó a una de sus hermanas, Doña Bárbara.

Después de expulsados los holandeses y por sugerencia de los misioneros capuchinos, Nzinga se retiró a Matamba y fingió aceptar nuevamente el catolicismo. Su correspondencia con los gobernantes portugueses la firmaba de nuevo como Doña Ana de Sousa –nombre que había adoptado muchos años antes, cuando accedió a la corona del reino de Ndongo y fingió abrazar el cristianismo– y le escribía al Papa como “hija obedientísima” (Cavazzi, 1965, 236). A cambio de ello, en 1657 el gobernador de Angola, Luís Martins de Sousa Chichorro, liberó a la hermana cautiva.

La resistencia organizada por la reina Nzinga Mbandi desde Matamba tuvo tal fuerza que los portugueses se vieron obligados a firmar con ella en 1659 un nuevo tratado de paz, en el que no aparecían las imposiciones a las que había sido obligado el Rey del Kongo. No obstante, Portugal persistía en su idea de castigar al reino de Matamba y a su jefa, pues desde siempre consideraban que aquellas eran tierras portuguesas por donación papal, conforme a la bula *Equum reputamus*, de 1534.

Subió el tono de las ofensas públicas contra la reina, ofensas de las que se hicieron eco los escritores portugueses de la época y así han llegado a nuestros días. Cadornega la presenta como una reina concupiscente, que poseía muchos concubinos, con vicios que satisfacía a través de una “diabólica caza” (Cadornega, 1972, p. 416). Un siglo después, en el XVIII, el escritor Jean-Louis Castilhon, en su novela *Zingha, Reine d’Angola. Histoire Africaine en Deux Parties* (Castilhon, 1769) especuló, sin prueba alguna, sobre la homosexualidad de la reina, que vestía de hombre y obligaba a sus amantes a vestir de mujer y después de tener sexo se los comía. Así fue vista en Europa por mucho tiempo, y el propio Hegel, cuando afirmó que África era un continente sin historia, quizás bebió de esta literatura que tergiversaba y, a la vez menospreciaba, a todo lo africano.

Conclusiones

El fallecimiento de Nzinga por muerte natural, en 1663, se presentó para los lusitanos como la oportunidad para acabar de una vez por todas con la independencia de su reino. En efecto, sus sucesores fueron incapaces de mantener la unidad y el vigor en la

resistencia. Tras la derrota de Matamba, 7 000 soldados del ejército de la reina Nzinga fueron llevados a Brasil y vendidos allí como esclavos. Los portugueses –decían– consiguieron “pacificar” la región de Matamba y Ndongo en 1671 e incorporarla al ritmo de la economía basada en el comercio de esclavos, así como nombrar para esos territorios reyes que respondieran a sus intereses y que aceptaran las demandas portuguesas.

Nada de esto pudo acontecer durante el reinado de 40 años de Nzinga. Esta reina ha pasado a la historia de Angola como ejemplo de tenacidad en la resistencia y de inteligencia y habilidad diplomática en el tratamiento a las diferentes situaciones. Nunca antes una mujer había desempeñado un papel de tal magnitud en la historia de Angola. Como ha asegurado Marina de Mello y Souza, “Nzinga se convirtió en un precedente histórico, hasta entonces inexistente, y sus sucesoras femeninas fueron fácilmente aceptadas” (Mello e Souza, .2002, p. 106).

Referencias bibliográficas

1. Amaral (1996). Representações Sociais da Doença Mental, Expectativas e Processos de Atribuição Causal Antropoanálise. *Revista da Sociedade de Antropoanálise*, 2.
2. Cadornega, A. de O. (1972). *História Geral das Guerras Angolanas*. Lisboa: Agência Geral do Ultramar, Lisboa.
3. Castilhon, J.-L. (1769). *Zingha, Reine d'Angola. Histoire Africaine en Deux Parties*. Paris: A. Bouillon.
4. Cavazzi de Montecúculo, J. A. (1965). *Descrição e história dos três reinos do Congo, Matamba e Angola*, Lisboa: Junta de Investigações do Ultramar.
5. Delgado, R. (1948). *História de Angola*, Benguela: Edição do Banco de Angola.
6. Heintze, B. (2007). *Angola nos séculos XVI e XVII*. Luanda: Kilombelombe
7. Kamabaya, M. (2003). *O renascimento da personalidade africana*, Luanda: Editorial Nzila.
8. Mello e Sousa, M. (2002). *Reis negros no Brasil escravista. História da Festa de Coroação de rei Congo*. Belo Horizonte: Editora da UFMG.
9. Miller, J. C. (1975). Nzinga of Matamba in a new perspective. En: *The Journal of African History*, 6(2).
10. Visconde de Paiva Manso (1877). *Historia do Congo. Documentos*, Lisboa: Typographia da Academia Real das Sciencias.